

José Revueltas

**Los días
terrenales**



Ediciones Era

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(*José Revueltas: entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

En el principio había sido el Caos, mas de pronto aquel lacerante sortilegio se disipó y la vida se hizo. La atroz vida humana.

—Han de ser por ahí de las cuatro —repuso la voz de uno de los caciques—; nos queda tiempo de sobra. . .

En el principio había sido el Caos, antes del Hombre, hasta que las voces se escucharon.

La respuesta del cacique no fue inmediata sino que hizo un gran espacio de silencio, como oráculo misterioso y grave para decirle a Ventura —de quien Gregorio reconoció la voz al escuchar la pregunta— las horas que eran en esos momentos de la madrugada.

La voz del Tuerto Ventura aprobó:

—Por ahí de las cuatro. Nos queda tiempo de sobra; pero hay que darse prisa.

Entonces, como si lanzase pequeñas chispas invisibles desde alguna remota hoguera —el mismo breve y menudo estallar de los troncos lejanos al abrazo de un fuego igualmente lejano—, la noche produjo en uno y otro sitio, en uno y otro rincón de las tinieblas, un extraño rumor de misteriosas crepitaciones, herida aquí y allá por un viento de puñales, primero dulce y espaciadamente y después en un allegro cruel, impetuoso y joven.

Gregorio entrecerró los ojos pero ya no pudo experimentar nuevamente aquella otra sensación del principio, en el tiempo del Caos, cuando se recostara en el tronco de la ceiba desde la cual intentaba comprender cuanto ocurría: el amargo y seductor hechizo había desaparecido, el sortilegio se había disipado y ahora todo era en extremo diferente. De

ninguna manera aquel inmenso vacío y aquella sensación sólida de que la noche era tremendamente nocturna al grado de no existir sino ella, y que lo asaltó unida a quién sabe qué anhelo lleno de inquietud. Noche, tinieblas, rotundo vacío. Todo igual. Lo negro y lo impermeable, sí, pero distinto sin aquella ansiedad de hacía unos minutos puesto que esa negación del color, esa insólita ausencia de cosas vivas, de la noche, de pronto se había vuelto humana, de pronto abrigaba cosas monstruosamente humanas que habían roto para siempre la presencia de algo sin nombre, profundo, esencial y grave que estuvo a punto de aprehender y que hoy escapaba sin remedio.

Sin embargo, el rumor que arrebatava a la noche todo lo inéditamente nocturno y todo lo en absoluto falto de color, no era otra cosa que un cierto murmullo provocado por los hombres al arrojar, sobre los helechos marchitos que abandonaba el río en su más próximo recodo, pequeñas piedras y trozos de barro seco, a fin de que los peces escondidos se animasen a huir hacia la corriente.

Este asombroso hecho contradictorio de no estar sola la soledad sino turbia y misteriosamente habitada, era lo que había disipado el sortilegio, la indefinible sensación llena de angustia que ahora Gregorio intentaba reproducir en vano.

Las calladas sombras de los pescadores se movían junto a la orilla con lentitud y tranquilidad pero como si trataran, aparte algún motivo supersticioso, de no dar rienda suelta a su codicia ya que le tenían de antemano asegurada su satisfacción. No eran como otros pescadores que cifran su fortuna a veces tan sólo en el azar; sus movimientos eran graves y contenidos y con la lentitud que, a pesar de todo, o quizá a causa de serlo tanto, no puede ocultar un anhelo confiado, jubiloso, estremecidamente secreto y que parece anticiparse al goce de la posesión. De ahí que en su cauteloso inclinar el cuerpo hacia la ribera, en su mágico percibir sobre la oscura y se diría sólida superficie del río el inaprehensible círculo concéntrico de alguna azorada vida subacuática, en su penetrar con la mirada como un cuchillo ne-

gro hasta el fondo mismo de las aguas, en todos sus ademanes y actitudes, se notara un cálculo firme, una determinación sólida y agresiva y un conocimiento de las cosas, desde el más lejano pasado hasta el más remoto porvenir, llenos de inclemente sabiduría a la vez que de impiedad.

Único entre las otras sombras a causa de su manquedad del brazo izquierdo, el Tuerto Ventura se desprendió de un grupo hasta aproximarse a Gregorio.

—¡Ah, qué compañero...! —dijo desde lejos y sin que pudiera saberse si se expresaba con sarcasmo, ya que su tono, inalterable siempre, sólo adquiriría matiz por medio de las vivas e intencionadas gesticulaciones del rostro, hoy oculto en las tinieblas.

—¡Ah, qué compañero! —repitió súbitamente junto a él—. ¡Tú sí que ni te miras en la oscuridad, de tan silencito...!

Gregorio pudo percibir sin repugnancia, pues ya tenía costumbre de ello, el aliento agrio, de maíz en proceso de fermentación, que Ventura exhalaba. Sus palabras lo hicieron sonreír: el silencio y la quietud, el estar "tan silencito", lo hacían un ser invisible, una extraña suma corpórea de lo visual y lo auditivo, un ser que "ni se mira" de tanto no escucharse, esto es, que no existe. "Quizá —se dijo— se trate, sin Ventura mismo proponérselo, de una bonita definición de la Muerte." Lo que ha dejado de oírse. Todo lo que ya no se oye.

—La poza no quedó bien envenenada —dijo Ventura a guisa de inútil explicación—. No quedó bien; le falta un poco. ¿No te habrán quedado algunos trocitos de barbasco...?

Si demandaba el veneno en esa humilde y sinuosa forma interrogativa tan peculiar, lo hacía, sin duda, con el ánimo de que aquello fuese interpretado como un testimonio de consideración, casi una reverencia.

Indiferente y melancólico, Gregorio tendió al Tuerto Ventura dos trozos de la liana venenosa y luego advirtió cómo éste se alejaba, para escuchar otra vez, allá lejos, su voz.

—Te miro triste, compañero Gregorio. ¿Qué te pasa?

—gritó esa voz, quizá irónica, burlona o sincera, no podría decirse, pues era una voz sin rostro—. Te miro triste.

Te *miro*. Nuevamente como un incesto de los sentidos. Nuevamente la maldita, enrevesada y certera forma de expresarse. Mirar en las tinieblas tan sólo a través del silencio o de la falta de silencio de las gentes. “Desde luego —pensó Gregorio—, él no necesita los ojos para mirarme; me mira con otros sentidos. Le bastaba con saber que callo, le bastaba con no escucharme y con eso me ve.”

—No te preocupes, compañero Ventura. De veras no estoy triste —repuso sólo por oír sus palabras y el sonido de ellas.

Abajo, hacia la dulce curva que formaba la orilla del río, Ventura comenzó a machacar el barbasco sobre un tronco, produciendo un ruido lacerante. Así “soltaría” la aborrecible liana su poder de muerte; así se empaparía de su propio zumo amargo y criminal.

Al terminar Ventura cesó todo ruido, pues los hombres esperaban en silencio, religiosamente inmóviles, la obra apenas lenta del veneno.

Gregorio volvió a entrecerrar los ojos a tiempo que un aire tibio le agitaba la camisa y le humedecía el pecho. Quiso abandonarse en medio de aquellas sombras propicias a sus inquietudes, al ansioso deseo de establecerse a sí mismo y medir, hacia lo hondo, su propia existencia, pero la flotante realidad que lo envolvía, los hombres quietos y atentos, la prieta y lentísima tumba del río con su amargo callar, todo ese reino exacto del acecho y de la espera, tenía mucho más poder y lo sujetaba violentamente sin permitirle escapatoria.

A poca distancia, fuertes y gigantescos, lo que hacía de aquello algo aún más conmovedor, los juncos del ribazo se quejaban con un gemido rasante y doloroso. Era como el llanto de las viejas embarcaciones que atadas a los muelles languidecen de melancolía con sus crujientes armaduras.

El transcurrir de cada instante se percibía bárbaro e inverosímil y la noche iba soltando el futuro del tiempo en